

LA ABUELA

Pedro Jiménez Sánchez



Image not found.

Capítulo 1

LA ABUELA Durante toda la vida había sido el alma de la casa. Eso fue antes de que sus hijos se casaran; después fue el alma de la familia.

Mientras los niños eran pequeños, ella fue ama de casa, por vocación, claro. ¿Cómo no iba ella a tener vocación por sus hijos y su marido? Se lo habían enseñado desde pequeña; había estudiado en la escuela de la dictadura y allí se explicaba muy bien cuál era la vocación del hombre y la de la mujer.

Y ella, de nombre Bernarda, estaba muy agradecida a Dios por tener un marido y unos hijos tan buenos: él estaba toda la mañana trabajando y ellos en el colegio. Como era lógico, llegaban siempre tan cansados que ella se afanaba por que estuviera todo en orden cuando llegase la hora: la comida preparada y en la mesa, la casa limpia y bienoliente, la ropa lavada y planchada...en fin, lo que son las obligaciones de una buena esposa y una buena madre.

A Bernarda le estimulaba mucho observar las ganas con que su familia devoraba la comida: ésa era la única señal de que les gustaba, ya que nunca la alababan. No hacía falta que dijeran nada; comérsela con ese hambre era el mejor piropo que le podían decir, y ella lo sabía.

De la limpieza y el orden de la casa, o de la ropa lavada, tendida, planchada y cosida no decían nada: los pobres estaban tan ocupados con todas sus cosas que no se daban cuenta de esas minucias. Bernarda habría creído que hacía bien su labor, de no ser porque su marido, algunas veces, le tenía que gritar porque se había equivocado en algo.

A ella no le gustaban los gritos (incluso, en el fondo de su corazón había llegado a sentir miedo) pero comprendía que, de alguna manera, había que ayudarla a corregirse y a mejorar.

Salía realmente poco, si acaso a misa los domingos, o a alguna boda o eventos de ese tipo, pero por las tardes y los sábados se solía quedar en casa porque su marido se iba al bar con los amigos a beber vino, que es lo que hacen los hombres, y sus hijos tenían sus planes. Eso tenía sus ventajas: al estar tantos ratos sola, tenía tiempo de sobra para hacer bien las tareas del hogar, e incluso le sobraba para ir preparando el ajuar de sus hijos. Ya había hecho una colcha preciosa y unas sábanas grabadas, para la hija mayor, con toda lógica la que se casaría primero.

Cuando los niños estaban en edad escolar, Bernarda se había encargado de estar pendiente de los uniformes, de los libros del colegio y de asistir a las citas que les daban en la escuela: bien para entrevistarse con los maestros de sus hijos, bien para escuchar alguna charla sobre formación

educativa para padres. La verdad es que ella no se enteraba de mucho en aquellas conferencias pero iba, la veían allí y así los profesores sabían que su matrimonio estaba preocupado por los hijos. No debían dar imagen de padres indiferentes bajo ningún concepto porque eso podía perjudicar a sus hijos. Así se lo explicó una vez su marido: "Bernarda, ve a las cosas del colegio de los niños, no vayan a creer que no los educamos en casa". Y ella asentía porque él, como siempre, llevaba razón. Una vez oyó decir a una vecina del barrio que el Distrito Municipal había organizado unos talleres para amas de casa. Los había de yoga para señoras mayores, de taichí, de pilates, de macramé, de costura, de creatividad... Bernarda estaba muy ilusionada con inscribirse en el de yoga o el de macramé porque en ambos tenía buenas amigas, vecinas todas ella, pues su círculo social no iba más allá de las colas de la panadería, la pescadería o la frutería.

Estuvo un tiempo dudando entre los dos: el de yoga le llamaba menos la atención pero era donde tenía más conocidas. Una de ellas ya lo había hecho el año anterior y le había explicado que lo más divertido era que al término del mismo, se iban todas juntas a tomar café y comentaban, entre risas, sus desventuras con las asanas. Bien mirado: podía practicar macramé en sus muchas horas libres en casa, por las tardes o los fines de semana.

Finalmente se decidió, efectivamente, por el de yoga pero su marido la convenció para que se matriculase en el de costura. Como tantas veces, él llevaba razón: si iba a perder casi dos mañanas en tonterías de éstas, al menos que hiciera algo útil. ¿Cuántas veces él o uno de los niños se habían encontrado con un botón sin coser, justo a la hora de salir de casa? Además, otras veces, en las escasas ocasiones en que ella se había comprado algo de ropa para algún evento especial, una boda o algo así, había tenido que pagar cuatro o cinco euros más para que se lo arreglasen. "Pues aprende a hacer eso por tu cuenta y nos ahorramos el dinero, que yo estoy harto de trabajar para tener que estar contando los vinos que me tomo en el rato que estoy con mis amigos". Era verdad y Bernarda lo sabía: su esposo no hacía más que trabajar el pobre para llevar el sueldo a casa. Menos mal que él estaba pendiente de todo.

De no haberse dado cuenta él de eso, Bernarda habría acabado perdiendo el tiempo intentando hacer yoga. Qué tontería: al fin y al cabo, su cuerpo no estaba para muchos trotes, no iba a poder realizar casi ninguna de esas difíciles posturas. Y para pasar un buen rato con las vecinas..., para eso aprendía a coser mejor, aunque no conociera a ninguna de las participantes de ese taller. "Pues así conoces a otra gente", le había dicho su marido.

Fueron pasando los años, los niños crecían y su marido cada vez pasaba más tiempo en el trabajo y con los amigos. Y ella seguía en casa, siempre pendiente de la familia. Llevaba algunos años muy contenta pues, a

instancias de su marido, había hecho también unos talleres de cocina y de bricolaje: era bueno aprender nuevas recetas para deleitar los paladares de su amado esposo y de sus hijos, y mejor aún ahorrarle a la casa el dinero de ciertos arreglos que, pudiendo hacer ella, no era lógico que hubiese que llamar a nadie de la calle.

Dios no le había dado mucha inteligencia pero sí dos manos muy apañadas. La inteligencia la ponía su marido, que siempre se daba cuenta de todo lo que a ella se le pasaba por alto. Eso era el matrimonio: el complemento perfecto. Así, al menos, lo había aprendido ella.

Su vida no le deparaba mucho contacto humano pero era razonablemente feliz: entre las tareas del hogar, aprender nuevas recetas de cocina, preparar el ajuar de sus hijos, coser y arreglar los desperfectos de la casa, estaba siempre entretenida. "Yo no me aburro nunca, gracias a Dios", solía decirles a sus hijos cuando le preguntaban. Su esposo no solía preguntarle.

Y pasaban los años y Bernarda se realizaba como mujer sirviendo con amor y devoción a su marido, a sus hijos y a su casa. Y los domingos seguía saliendo para ir a misa; era el día en que se ponía su vestido más bonito, el de salir. Y dejó de ir a los talleres del distrito porque, una vez acabaron los que pudiesen ser útiles para sus labores en el hogar, ya no tenía sentido seguir faltando dos mañanas semanales para ver a sus vecinas. Al menos, eso era lo que le había dicho su esposo.

Y llegó el momento en que sus dos hijos se casaron. Cuando lo hizo la mayor, al menos le quedaba otro hijo en casa. Pero cuando ya se casó también éste, eso fue realmente duro para Bernarda. Ella no sabía cómo explicar sus sentimientos: tristeza, soledad, abandono... "El síndrome del nido vacío" le llaman algunos psicólogos. Mientras los tenía en casa, Bernarda tenía mucho trabajo que hacer y un gran aliciente: ser útil en la vida. Ahora, con la casa completamente vacía casi a todas horas, sin más ropa que lavar, tender, coser y planchar que la de su marido (pues ella se apañaba casi siempre con su bata de hacer las labores), le sobrevino un vacío, un tedio realmente abrumador.

Aunque ella no sabía ponerle el nombre, no sabía que se llamaba "tedio". Una vez que su marido la miró, le preguntó: "Niña, ¿qué te pasa? Estás muy rara". Bernarda no supo qué responder, y como él no insistió en preguntar, no hubo mayor problema. Ella había pensado decirle "que tenía como una sensación de dolor que le apretaba en el pecho" pero él siguió viendo el partido de fútbol en la tele, y ya no le dirigió la palabra más que para decirle: "Bernarda, tráeme una cerveza bien fría del frigorífico".

Pero la vida siempre sonríe a las buenas personas y les hace justicia, deparándoles sorprendentes alegrías cuando menos lo espera una. Al año y medio de haberse casado el menor, su nuera se quedó embarazada. Y,

extrañezas de la vida, la hija mayor, que había preferido siempre tener un perro a tener hijos, al ver tan ilusionado a su hermano, obligó literalmente a su marido a que la dejase embarazada a ella también.

Así Bernarda se vio abuela de dos preciosos nietos en seis meses. En ambos partos, estuvo muy presente, pero sin molestar, que conste. Ella se dedicaba a hacerles la comida a sus hijos, para que ellos se pudieran dedicar sólo a sus criaturas. También les hacía peleles de lana a sus nietos. Y les buscaba muñequitos y chupetes. Bernarda había recobrado la alegría. Y el buen color de cara.

Cuando sus hijos querían salir con sus amigos, la abuela se quedaba cuidando a los nietos. Lo bueno era que, como ella nunca tenía planes, nunca tenía nada importante que hacer, no tenían que avisarla con tiempo. No hacía falta. Simplemente la llamaban y le decían: "mamá, esta noche te dejamos al niño, pero no te preocupes que te dejamos los biberones y los pañales reparados, para que tú no tengas nada que hacer. Sólo calentárselos, dárselos, cambiarlos y dormirlos".

En realidad, eso fue sólo al principio, pues a la tercera vez que le dejaron los nietos, el abuelo dijo que a él le incomodaban mucho los llantos de los bebés, lo ponían muy nervioso. Los hijos lo entendieron a la perfección, cómo no iban a entenderlo y, en lo sucesivo, decidieron que Bernarda se iría a sus casas dando un paseíto cuando tuviese que hacer de canguro, y ya por la noche, cuando ellos llegaran de sus fiestas, la acercarían de vuelta al hogar.

Y los niños crecieron al abrigo de la abuela, de su calor y de su cariño.

En honor a la verdad, los nietos eran quienes más muestras de afecto le daban a Bernarda. La abuela siempre les tenía comprados unas galletas y unos zumos de frutas cuando iban a verla. Aunque sus hijos no iban demasiado a visitarla, a llevarle a los nietos. Pero fuesen cuando fuesen, Bernarda jamás les echaba nada en cara: simplemente los abrazaba, se comía a besos a los hijos y a los nietos, y les daba a éstos sus galletas y sus zumos.

Ellos le contaban sus novedades del colegio y de las actividades extraescolares a las que estaban apuntados y la abuela, aunque no recordaba bien el nombre de esas aficiones, siempre se acordaba del día en que las tenían, y los llamaba por teléfono por la noche para preguntarles cómo les había ido. Eso sí, se tenía que esconder para llamar por teléfono porque el abuelo se enfadaba si hablaba mucho, y había que entenderlo: el teléfono se había puesto muy caro. Cuando la menor de sus nietas hizo la primera comunión, sus padres tuvieron otro niño. Otra alegría para Bernarda: un nieto siempre es un regalo de Dios y, para ella, era un regalo doble, era la posibilidad de llenar su espacio personal con

acciones útiles para sus hijos y nietos.

Este nuevo nieto le supuso ir muchas veces a casa de su hijo menor .

porque éste y su mujer eran muy aficionados a salir por las noches. Así, Bernarda le dejaba primero la cena preparada al abuelo y después se iba, con su bastón, andando a casa de su hijo, donde cuidaba a los nietos y si éstos se dormían pronto, le dejaba a su nuera preparada la comida del día siguiente.

Viendo la buena disposición de la abuela, un día le preguntó la nuera: "Bernarda, si los niños se duermen pronto, ¿le importa a usted hacerme la plancha?". Y ella respondió lo que llevaba toda la vida respondiendo y que ustedes imaginan fácilmente. Lo peor era que, con la artrosis, las manos le dolían horrores al planchar pero nadie se daba cuenta porque la abuela lo disimulaba a las mil maravillas: su exceso de amor compensaba sus carencias físicas y sus enfermedades nunca suponían un problema para nadie.

Y sucedió algo que nadie en aquel país podía imaginar, aunque se decía que la gente del gobierno sí lo sabía: estalló una guerra. Fue tremendamente desolador. Muchos disparos, se oían bombas y rara vez pasaba una semana sin que a alguna vecina le hubiesen matado a algún hijo o a algún nieto. La abuela no entendía de política. Cuando había que ir a votar, el abuelo siempre le daba el sobre con la papeleta dentro y le explicaba cómo tenía que meterlo en la urna. Y ella se fiaba a pie juntillas de su marido, ¿por qué no iba a fiarse? Pero ésa era toda su experiencia y su participación políticas. Y de ahí a comprender las causas de aquella guerra infame, había un abismo. El abuelo le había explicado que era por razones económicas, por no sé qué deuda que el país no podía pagar a gente muy rica de otros países. Pero Bernarda no entendía que tuviese que morir nadie por dinero. Ella había vivido siempre con muy poco, y daría gustosa su vida por salvar la de cualquier otra persona. "Tú no lo entiendes", le decía el abuelo. Y decía la verdad.

Una noche en que la abuela se había quedado en casa de su hijo menor, a cuidar a su nieta adolescente y a su nieto pequeño, ocurrió algo terrible: lo peor que le había pasado en toda su vida.

La guerra continuaba y, por lo visto, se hacía de dos maneras: algunas veces los señores militares tiraban bombas desde aviones (una de ellas, por ejemplo, derribó el viejo edificio donde ella había celebrado los talleres del distrito), y otras veces los soldados iban por tierra, armados y disparaban sus armas mortíferas por la calle. Esto último la horrorizaba: sólo de imaginar que alguna vez se pudiera cruzar con los señores de la guerra por la calle, se le hacía un nudo en la boca del estómago y le entraba aquella sensación de dolor en el pecho. Aquella noche sucedió algo que su mente nunca hubiese sido capaz de imaginar: los soldados

arrasaron el barrio en el que vivía su hijo. La abuela estaba en casa de éste, cuidando a los nietos, puesto que el matrimonio tenía una reunión muy importante, parecía ser que secreta. Y tenía algo que ver con la guerra. En realidad, todo tenía que ver con la guerra, que es una cosa muy mala, malísima. Bernarda creía que era lo peor.

La abuela oyó gritos y llantos en la calle, y supo que el horror se les había venido encima. “¿Qué pasa, abuela”, le preguntaba su nieta adolescente, una preciosidad de niña, una verdadera princesa que tenía los ojos de su padre. “No lo sé cariño”, respondió la abuela, “pero no te preocupes, mi vida, que todo saldrá bien”.

Pero aquello no tenía aspecto de salir muy bien. A los pocos minutos, los soldados aporreaban la puerta de la casa y gritaban algo, con voces de estar realmente enfadados, pero lo decían en un idioma extraño que ella no entendía. Su nieta, su princesa, lloraba y temblaba de miedo. La abuela la llevó junto con su hermano pequeño al dormitorio del bebé y los escondió dentro del armario. “No te muevas de aquí, cariño, e intenta que el pequeño no llore, que si entran los soldados, yo intentaré distraerles como sea”.

Los soldados, efectivamente, golpeaban la puerta cada vez con más fuerza mientras seguían profiriendo sus gritos salvajes. Al no recibir respuesta, empezaron a dar empujones y patadas hasta que la derribaron. La abuela se vio sola ante un grupo de guerreros extranjeros, en cuyos ojos brillaba una maldad felina e indescriptible, con bocas que echaban espuma por las comisuras de los labios, y armados hasta los dientes. Con tono de estar preguntando le gritaron. Bernarda supuso que querían saber si había alguien más en la casa. “No, señores, no hay nadie. Por favor, no me hagan daño”, respondía la abuela, sabiendo que aquellas alimañas no la podían entender. Ni querían. Los soldados olían a pólvora y a alcohol.

Empezaron a dar patadas y a destrozarlo todo. Y cuando hicieron además de ir a registrar la casa, la abuela profirió en un llanto desesperado. Si supiesen hablar su idioma, ella les hubiese explicado que la tomaran a ella y le hicieran lo que quisiesen, pero que dejaran en paz a sus niños del alma, a sus pobres nietos. Intentó detener al soldado que se disponía a registrar las habitaciones pero éste la derribó de un empujón imparable.

“Mi niña, mi niña”, pensaba la abuela, mientras una imagen de pesadilla quemaba su mente: la de su nieta adolescente violada por aquel grupo de soldados embrutecidos y deshumanizados. No pudiendo soportar esa idea, la abuela dio un salto y, con su artrosis y sus dolores, comenzó a correr por la casa, persiguiendo a los hombres de la guerra, y cojeando de un modo que le daba un aire cómico, casi histriónico.

Cuando tres soldados llegaron al dormitorio en el que estaban escondidos los niños, la abuela entró detrás de ellos y, haciendo un esfuerzo

imposible, se interpuso entre ellos y el armario, saliéndoles al paso con su maltrecho y ajado cuerpo. "Tengo que disimular para que no se les ocurra que puede haber alguien dentro del armario", se decía, al tiempo que le pedía ayuda a la Virgen de la Santa Encina, la patrona de su pueblo. "Madre mía, que me maten a mí pero que no encuentren a mis niños", rezaba llorando sin parar. Y la Virgen, o alguien o algo, le ayudó sugiriéndole el único modo en que ella podría distraer a los soldados: la abuela se desnudó ante la mirada, entre atónita y divertida, de aquellas bestias salvajes.

Los soldados comenzaron a proferir gritos y carcajadas, al tiempo que decían cosas ininteligibles. Empezaron a pasarse a la anciana unos a otros, dándole empujones, tirándola y levantándola del suelo, y manoseándole sus pechos flácidos y caídos. Uno de ellos la escupió en la cara mientras el resto seguía divirtiéndose con la vieja loca. Finalmente, uno de los soldados le dio un imponente bofetón en la boca que le rompió dos de los pocos dientes que le quedaban y, dejándola sangrando y con su desnudez, tirada en el suelo, salieron de la casa y se fueron. La abuela recuerda cómo salió su nieta, con el bebé en brazos, llorando del armario mientras ella sollozaba, con voz muy queda, y decía: "gracias, Virgencita mía".

Para cuando llegaron su hijo y su nuera, la abuela yacía sin conocimiento y cubierta con una manta que le había puesto su nieta, la princesa.

Dicen que cuando la mente no es capaz de soportar algún horror, se defiende como puede. No sabemos si fue o no un mecanismo de defensa pero, a las dos semanas de la escena de los soldados, la abuela pareció contraer una especie de locura, como una huida del mundo. "Alzheimer", dijeron los médicos. "¿Pero eso no se coge paulatinamente?", le preguntó su hijo al doctor. "Normalmente, sí, pero tal vez como respuesta ante un trauma...", espondió el galeno, notándole todos que daba la impresión de estar improvisando.

La abuela empezó a desvariar: confundía a su marido con su padre, a sus hijos con sus hermanos y comenzó a creer que familiares suyos, que ya habían muerto hacía mucho tiempo, estaban vivos. A veces llegaba hasta a decir cosas realmente graciosas, y toda la familia comenzó a seguirle el juego.

De su desnudo ante los soldados nunca jamás se volvió a hablar. Pero la nieta, la princesa, jamás olvidaría que ella podría entregar su virginidad al hombre que eligiese, gracias a su abuela, que la salvó con su salud, y que la habría salvado con su vida.

Un buen día, cuando el esposo llegó a la casa, la abuela no estaba. Se ve que la cuidadora bajó la guardia y dejó que se le escapase. La abuela se perdió y, desde ese día, no tenemos rastro de ella. Va vestida de negro,

con el pelo completamente blanco y lleva una cadena con tres medallas de tres angelitos que se corresponden con sus tres nietos. Si alguien la encuentra, por favor y por la misericordia de la Virgen de la Santa Encina, háganoslo saber.

Responde al nombre de Bernarda.